

ADOLFO CASTAÑÓN

← A

PASEO POR UN INDICE

PRESENTACION

36

(1889-1939)

→ *Alfonso Reyes et la France* es el monumento biográfico que la estudiosa Paulette Patout ha consagrado a las relaciones de este "escritor y diplomático" con los autores y notables de aquel país durante sus dos residencias francesas, sus estancias en España, Argentina, Brasil y sus años primeros y terminales en México. Obra de acopio, información, erudición, memoria, cotejo, búsqueda de fuentes. Echa piadosa mano de la totalidad disponible de la obra alfonsina y aun de aquella presunta vasta porción, personal y autobiográfica, que ha permanecido inédita por absurdas razones. Más que obra de crítica, es un libro juntado por el cariño. Sus seiscientas páginas siguen palmo a palmo los transcurros mundanos de Alfonso Reyes. Y lo siguen tanto y tan bien, que terminan por sugerir no sé qué imagen chocante y ganosa de la idea alfonsina de la fama y de las celebridades por contagio. A veces, Paulette Patout encuentra precedentes, hormas preliminares de algún texto de Alfonso Reyes, otras, quiere forzar un paralelo dando por sentado que todos los autores funcionan como ella piensa lo hacía Reyes. El hecho, en sí mismo, no es nuevo: el ayuno crítico, la voluntad prestigiosa, cierta femenina complacencia ya habían rendido su fruto sentimental en el *Genio y Figura* que suspiró la consanguínea Tikis. Pero Alfonso Reyes tiene más juegos de los que pueden tolerar la papila gustativa. Y no sólo hay efusión y amor, buena voluntad de forastero, en la magna biografía de Paulette Patout. Trabajo de muchos años y por muchos motivos digno de la gratitud mexicana, la obra de Paulette Patout es ejemplo de laboriosa simpatía, de paciencia, industria e irrestricta devoción por un tema —aquí, sujeto— por demás amplio y poblado de referencias. Porque, efectivamente, Alfonso Reyes tenía muchos amigos y, en algún sentido, parte de su obra es como la elegida memoria de esa tan múltiple amistad. Amigos, relaciones, afinidades y conocencias que traducían o se traducían en libros, artículos, obras de investigación, versiones, relatos y reuniones líricas. La gigante monografía de Paulette Patout calca, sin interpretarla, esa oscilación por entre las personas, que eran letra ambulante, y por entre las obras, que funcionaban como carta de presentación de las personas. El poeta, el escritor, el diplomático, el amigo Alfonso Reyes es seguido en sus relaciones con los franceses mexicanos de su infancia, los libros y revistas francesas que leyó de joven, los autores, eruditos, snobs, funcionarios, y profesores y librerías de aquel país. Semejante discontinuidad parece la responsable de que en *Alfonso Reyes et la France* se nos entregue un retrato exhaustivo aunque fragmentado de la persona-obra en cuestión. Y, más

que fragmentado, sesgado, pues sale de la biografía la harto peligrosa imagen de un Alfonso Reyes mundano. Ignoro si la autora se propuso una suerte de colosal *par lui-même*, voz viva de Alfonso Reyes a través de los textos por ella ubicados y desentrañados. Con todo, la tácita objetividad del documento preparado por Paulette Patout más bien podría definirse como un cierto ausentismo de la interpretación, una eliminación de las diferencias en beneficio de la inercia doméstica y nacionalista. De otra parte, la ausencia de un sesgo crítico constituiría uno de los atractivos que para el imaginativo tiene esta anécdota *Summa* alfonsina. Como la autora no siempre se atiene al tema bilateral, abarcando campos algo alejados del perímetro francés. *Alfonso Reyes et la France* cuenta algo más de lo que los títulos prometen sin llegar a ser la vida total de Alfonso Reyes, aunque poco le falte para abarcar su duración toda. Su duración, no su integridad: ya he sugerido arriba que Paulette Patout ha elegido uno entre los varios Reyes que convivían bajo la piel de Don Alfonso el más sociable y deseoso de contacto con el mundo. Por eso la obra de Paulette Patout debe ser leída sobre todo como un llamado a interpretar a Alfonso Reyes.

Calar la intimidad de un libro, es asomarse a su índice, como bien sabían Alfonso Reyes y ese habitante de la unánime confluencia de las lenguas europeas que fue Valery Larbaud. Seis partes comprende la obra de Paulette Patout, además de una introducción y de tres índices que no por consabidos resultan menos esenciales. Historia de un infante (sin habla) que ya antes de dejar de serlo hablaba francés y de los años adolescentes en que se fue formando a medida que traducía a realidad nacional la savia cultural francesa que por aquel entonces aquí era levantada contra el escueto cientificismo positivista desde una afirmación del humanismo y sus valores. "Años de aprendizaje" sonriente, pero, luego, cruel, "días de desgracia" en los que el joven Alfonso aprende la letra de la historia patria en la carne viva de su padre. "Drama" familiar gracias al cual Don Alfonso se verá ligado de manera entrañablemente literal a la historia mexicana. No sólo eso. La sangre en el nombre de la patria derramada iniciará a Reyes en aquel misterio tan antiguo que vincula el ejercicio de las armas con la no menos desapacible práctica de las letras. Cuán embebido estaba Reyes y, con él, la generación toda del Ateneo, en la literatura finisecular francesa, es algo que queda plenamente ex-



Adolfo Castañón es autor de *Fuera del aire* (ediciones de *La Máquina de escribir*). Actualmente realiza una investigación sobre la revista *El hijo pródigo*, para el Centro de Estudios Literarios de la UNAM.

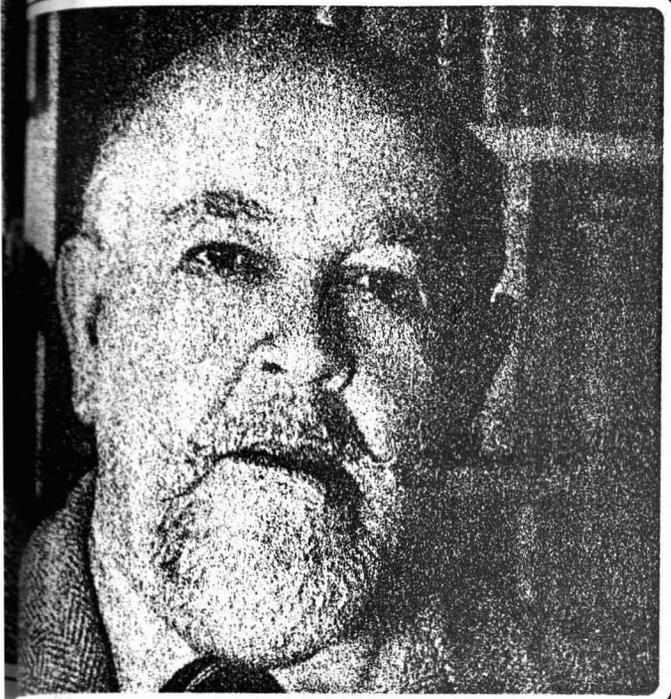
puesto en las páginas que Paulette Patout dedica a "la cultura francesa de Reyes antes de su primera residencia en Francia". *La Revue de Deux Mondes* y *Le Mercure de France* —ambas publicaciones decendientes aunque por muy opuestas razones— darán a aquellos jóvenes el ambiente de referencias que seguirá siendo el suyo mucho después. Cultura excéntrica y crítica, con anchos ribetes mundanos, a veces glamorosa, también dueña de un perverso retintín y de una aguda conciencia de las potencialidades y límites del Verbo. De aquel Verbo que, como diría Mallarmé, es creación y es recuerdo, producción y memoria. Clave ésta de los ejercicios de re-escritura, traducción entretejida que llevará a cabo Alfonso Reyes en algunos de sus textos. Como lo muestra Paulette Patout cuando dibuja algunos de los entretextos en El plano oblicuo de Don Alfonso; el diálogo Odiseo y Eneas tejido en Nouvelles Promenades Archeologiques de Gaston Boissier; "La cena", bordada sobre un tramo de Aurelia de Gérard de Nerval; "El diálogo de Aquiles y Elena" escrito bajo el signo de una de las Moralités légendaires de Jules Laforgue.

La primera residencia francesa es una suerte de anagnórisis, un descubrir lo que ya se conocía, un reconocer lo que aún no se había visto. Una mezcla de familiaridad y de extrañeza define sus primeros días en la luminosa y tentacular európolis; hay algo de la sensación de estorbo que produce la consabida y excesiva cortesía mexicana. Tapizada de pormenores como no podía menos de ser, la circunstancia de recreación de Paulette Patout muestra a Reyes atareado en explorar los fondos mexicanos de las bibliotecas francesas, ocupado en atender los negocios de la legación mexicana, deseoso de asociarse a los esfuerzos de los hispanistas que por aquel entonces había en Francia, generosamente acogido por algunos hispanoamericanos residentes en París: entre otros, los hermanos peruanos García Calderón, los eruditos Ernest Martinenche y Raymond Foulché-Delbosc. Es el mundo de las letras y las artes en el París de la inminente primera Guerra. Los meses dorados en que conviven la vanguardia y la vieja guardia: Juarès y Gide, France y Valéry, Apollinaire y Paul Bourget, Charles-Louis Philippe... La época de los eclipses y de las primicias, del nacimiento del cine y del cubismo. La época del tránsito de Amado Nervo por París y de su gran amistad con Reyes. Por esos días, los hermanos García Calderón presentan a Reyes con Charles Maurras, admirado director del "periódico francés mejor escrito", cuyo nombre era también el de una conocida tendencia política: L'Action Française. También por aquellos días Reyes conoce a J.H. Fabre, patriarca de la entomología francesa, heredero del clásico Réaumur y maestro de ese etnólogo ignorado, para quienes las palabras son como los insectos del lenguaje, Ernst Jünger.

Gracias a José Emilio Pacheco conocemos aho-

ra el impacto que causó en Reyes el advenimiento de la primera conflagración mundial, la indiferencia de los franceses, y las actitudes ejemplares de algunos dirigentes aislados como, por ejemplo, Clemenceau. Excluido como estaba de la diplomacia mexicana, obligado a ganarse la vida —una actividad que en este caso excepcional sí contribuye a mejorar la prosa del escritor—, Alfonso Reyes no tiene otro remedio que partir a Francia. Tiene cierta confianza en sus relaciones y contactos. Pero los primeros tiempos en aquella *España invertebrada* como insistían en llamarla José Ortega y Gasset, no fueron los más fáciles, aunque sí probablemente unos de los más fecundos. "Los años sombríos", en que se ve obligado a ganarse la vida escribiendo y traduciendo a destajo, tienen una parte ciertamente luminosa: la amistad con Azorín, la colaboración en *España*, la revista de las grandes firmas españolas de entonces: Pérez de Ayala, Unamuno, Gregorio Martínez Sierra, Ramiro de Maeztu, José Moreno Villa, Enrique Díez-Canedo y José Ortega y Gasset. En los inviernos madrileños, Reyes hace una amistad que se revelará fecundísima para la cultura americana y española: conoce al en aquel entonces doctor precoz, Marcel Bataillon, el discípulo de Paul Hazard. Hay un distanciamiento entre los grandes Prolíficos de las letras españolas del siglo XX: Alfonso Reyes y Ramón Gómez de la Serna. Todavía inmerso en La visión de Anáhuac, enfrascado en Ugigenia cruel, lleva al estado escrito su condición excéntrica en El descastado. En plena guerra, Francia quisiera explicar al mundo por boca de sus notables su posición en el conflicto. Esta es una de las razones que explican el viaje de Henri Bergson a España. Reyes toma la pluma para saludar a Bergson y afirma una posición sin política y cultural que no sólo habría de mantener a lo largo de su vida, sino que llegaría a heredarlos: *el verdadero secreto de la cultura es la continuidad*. La cuestión no dejaba de ser hermana de una clave que habrían de plantearle muchos, de sus amigos extranjeros, entre otros, el siempre perspicaz Valery Larbaud: ¿La nueva literatura mexicana era fruto de la tradición o de la ruptura de su tradición? Por otra parte, al parecer no sólo Héctor Pérez Martínez pedía cuentas a Reyes de su presunto ajeamiento de la realidad nacional. Rafael Altamira, el gran historiador español no se encontraba a Reyes sin exclamar: "Usted aquí, Reyes, pero es en México donde se necesita a hombres como usted." No podía haber reproche más amargo para Reyes, él, hijo pródigo, Hamlet ambulante con la X en la frente.

Alfonso Reyes se preocuparía por su identidad cultural de una quizá oblicua, pero no menos concreta, pues él es uno de los grandes actualizadores de la lengua española. Fuerza es examinar dentro de ese contexto sus trabajos filológicos con el Centro de Estudios de sus ediciones de los clásicos, su colaboración en la magna empresa de sacar a la luz



la primera edición de Don Luis Góngora, El nombre de éste, la textura y el sesgo de su obra no podían casar mejor con la admiración que Reyes profesaba por Stéphane Mallarmé. Hacia 1924 da término a *Ifigenia cruel* y también ese mismo año organiza aquel célebre homenaje a Mallarmé en el Jardín Botánico de Madrid, del que José Ortega y Gasset diría: sólo pudo haber sido organizado por un americano. Hay una momentánea vuelta a México, el encargo de una misión diplomática absurda y secreta ante Alfonso XIII. Es el mismo año de uno de los grandes acontecimientos de la vida de Alfonso Reyes y de las letras mexicanas: el nombramiento de Alfonso Reyes como embajador en París. Como es de esperarse, los primeros meses de Reyes en París como representante oficial del Estado prorevolucionario mexicano son veinticuatro horas de mundo y administración. Reyes se ve agradablemente sorprendido por la generalizada, entusiasta bienvenida de los medios culturales y periodísticos franceses. Es impresionante el rastreo que hace Paulette Patout por las fuentes hemerográficas francesas de prácticamente todas las apariciones de Reyes en aquella prensa. Otro aspecto digno de mención y poco conocido de la obra en persona de Reyes es el de las intervenciones del propio Reyes en los medios periodísticos franceses. La infatigable energía con que Reyes se consagraba al servicio de su patria puede ser vista en la formidable labor administrativa que desempeña para reorganizar la legión mexicana y normalizar el comercio franco-mexicano.

Son los primeros días de esta segunda estancia en París lo que ocupan la selección que para los lectores de *La Revista de la Universidad de México* hemos preparado con motivo del vigésimo aniversario de la muerte de Alfonso Reyes. Pero, siguiendo el recorrido por el índice de la monumental obra de Paulette Patout, llegamos de nuevo con los hermanos García Calderón, nos detenemos por un momento en el encuentro con Paul Morand y en los

desencuentros sistemáticos con ese hombre alérgico a los medios literarios que fue Saint-John Perse; nos damos una idea de las cálidas relaciones que sostuvo Reyes con los medios literarios y artísticos franceses y americanos residentes en París: Kiki de Montparnasse, Modigliani, Soutine, Kisling, Man Ray, Angel Zárraga, Léger, Toño Salazar, Jean Cocteau, el inolvidable Foujita, Manuel Rodríguez Lozano, Julio Castellanos, Angelina Beloff, *Querida Quiela de Diego en Montparnasse*. Entre los escritores que Alfonso Reyes frecuentó en mayor o menor grado, con mayor o menor intimidad contamos a Jules Supervielle, León-Paul Fargue, Paul Valéry, Paul Morand y sobre todo Valéry Larbaud. En uno de los capítulos más importantes de su obra, Paulette Patout muestra la importancia de la parte más oscura por desconocida de la obra de Alfonso Reyes: me refiero a la obra diplomática de Reyes durante la guerra cristera y sus relaciones con Aristide Briand. La despedida de Reyes de aquel luminoso París de la entreguerra no podía ser sonriente. La siguiente etapa que cubre el itinerario de Paulette Patout fue sin duda muy importante desde el punto de vista de la consolidación de una unidad y continuidad de la cultura española en el plano continental: es la época de Reyes en la América Austral y de sus contactos con los más legítimos representantes de las letras argentinas y brasileñas. Al empezar la Segunda Guerra Mundial, tocará a Reyes hacer por sus amigos españoles y franceses lo que éstos hicieron y ya habían hecho antes con él: poner en práctica la hospitalidad. Paulette Patout sigue la vida de Reyes hasta el momento de su muerte. De sus últimos años, retendremos su amistad con Jules Romains y su preocupación por el derrumbe de los valores continuidades culturales de Occidente.

NOTA SOBRE LA TRADUCCION

A lo largo de la biografía de Paulette Patout, el motivo de la "re-escritura" y la concomitante intertextualidad hará una reiterada, si bien intermitente aparición desentrañando una modernidad poco reconocida de nuestro autor: la de la palabra intertextual, la de la palabra que contiene otras palabras que a su vez la contienen. Fuerza es decir que la obra misma de Paulette Patout es también, en cierto sentido, una obra de reformulación, un libro que desentraña a Reyes desdoblándolo, un volver manifiestos el entorno, el filo y el espectro de muchos de los textos alfonsinos. Vaya en muestra esta versión donde el traductor en ocasiones se desplaza por atrás del texto de la estudiosa con el solo objeto de mejor alcanzar a Alfonso Reyes: traducción de un texto sobre Alfonso Reyes que resulta una recreación paralela de Reyes, un recuerdo que es recuerdo de otros recuerdos.